
Memorias españolas

Desde los epílogos de la guerra civil —período de frustración nacional, insoluble en profundidad a corto plazo, por ser remachado triunfo de las armas «nacionales» y de las complicidades extranjeras—, ha empezado a cultivarse, a expandirse un género literario infrecuente —como tal— en las culturas de raíz española, del ayer, y que, sin embargo, suele constituir un hábito, a veces menguado, fuera de nuestro ámbito idiomático.

Me refiero a las memorias de escritores y artistas. Las de índole meramente política se excluyen de esta sectorial recapitulación por su polémica beligerancia, dados los antifaces y máscaras que, de cara a la inmediata liza y a una presunta posteridad, suelen revestir.

Quizá a efectos de la presente consideración, podríamos encabezarlas, ahora, con la obra de Pío Baroja *Desde la última vuelta del camino* (1944), con sus gravámenes de acidez y desgarró interpolados, a compás de los estertores de la segunda contienda mundial en pleno franquismo. Y, las evidentes proporciones guardadas, toparíamos con *Mi medio siglo se confiesa a medias*, de César González Ruano, 1951. Por aquellos entonces, las de Alberto Insúa, Luis Ruiz Contreras, Felipe Sassone, Augusto Martínez Olmedilla, incluso las de Federico García Sanchiz, en furgón de cola.

Extramuros de la España territorial, publica Rafael Alberti *La arboleda perdida* (Buenos Aires, 1959), y su compañera, María Teresa León, le secunda con *Memoria de la melancolía*, fechada en 1970. En 1981 ve pública luz la versión castellana de las confesiones —reflexión, asimismo, inteligentes emociones evocadoras—, de María Casares. A su aire y temperamental desgaire, vienen a cuento y cuenta, de Carlos Barral, sus *Años de penitencia* y *Años sin excusa* (reedición en Alianza Tres en 1982). Apenas en la primavera del 83, en línea precursora, se da a conocer el primer tomo de *La novela de un literato*, de Rafael Cansinos-Asséns (n. en 1882), cuando ya circulaba en México, 1944, *Vida en claro*, de José Moreno Villa. Y a partir de los setenta, la tetralogía *Los pasos contados*, que enaltecen a Corpus Barga. Al inicio de 1983, nos salieron al paso *Friso menor*, de Ramón Carnicer, y *Mi último suspiro*, de Luis Buñuel.

Concordantemente, en una relación tildable de notarial, las afinidades de forma, pero de muy distinto acento, de Rosa Chacel (1898), con los dos enunciados de su *Alcancía* («*Ida*»-«*Vuelta*»), y los *Recuerdos y olvidos*, de Francisco Ayala, que abarcan su niñez y círculo hogareño, mocedad estudiantil y literaria y termina ahora, en la primera fase de su destierro (Argentina, Brasil, Puerto Rico): consumación aguardan, esperamos.

Aparte de los personalísimos enfoques, propósitos, temas y estilos, tiene un valor significativo el hecho de que en este haz predominen los moldeados y situados por el

exilio, en un sentido u otro: identificación y desasimiento. Y que, salvo el caso de Ignacio Agustí, sean únicamente Carlos Barral y Ramón Carnicer portavoces de los que aquí permanecieron, por edad o circunstancia: en sus turnos, un contestatario neto y un liberal letrado, universitario.

3 El común denominador femenino

No por el común denominador femenino, sino en virtud de diferencias notables de concepción y finalidad, de procedencia social y de actitud estética, amén de épocas y lugares sin posible equiparación, revisten, a mi juicio, sugerente valor expresivo los recuerdos, a veces diseccionadores, de sí mismos, de Rosa Chacel, de María Teresa León y de María Casares.

Rosa Chacel ha depositado —dos movimientos— en su *Alcancía*, los entremezclados análisis —y descripciones— de su vida cotidiana durante la época enervada de su cerrado estar brasileño, y que al modular determinados aspectos del diario existir los subordina, de modo irremisible, a través de los severos y seguros procesos autocríticos de su creación literaria, mezcla de predestinación e íntimas afirmaciones, que nada tienen que ver, salvo en su clima motivador, con la temática que, en equis medida, acusa la marca, más o menos ostensible, del exilio.

Se patentiza extraordinario temple en esa enérgica lealtad a la orgánica entidad artística que excluye cualquier concesión, aunque fuere coyuntural, a los apetitos y gustos del público grueso. Forma, también, de la pureza que, para los frívolos y superficiales, puede rayar en lo inhumano. Rosa Chacel lleva a un acendrado extremo de culminación insular lo que aportó en espíritu y ámbito el microcosmos de la *Revista de Occidente*.

En este sentido tonal y finalista de austera y revulsiva independencia, de armonía con la misión elegida o descubierta, María Teresa León encarna la extroversión, el vasto afán de comunicatividad, la asunción de las identificaciones y de los compromisos, la fuerte tendencia lírica ofrendada. ¿Se presta hoy la atención debida a su *Memoria de la melancolía*? A la vera de la vasta y sonora sombra de Rafael Alberti, cual una prolongación —diríase, dicen—, del poderoso poeta, capaz de irradiar a los círculos elitistas y de suscitar y avivar emociones populares, María Teresa León, de acuerdo con el texto mencionado, a tenor de un temperamento propicio a toda suerte de generosidades, a las exaltaciones militantes (quizá un tanto miméticas, en ocasiones contradictorias), a las vibraciones poemáticas, comparece en este libro, ahora, con su inconfundible raigambre y su estela de patetismo.

A pesar de que *Memoria de la melancolía* se publicara en 1970 (Buenos Aires), no sólo consigue mantener, para nosotros, el ya lejano fuego, sino que, abstracción hecha de sus contingencias, con particular gravitación de los entusiasmos y sufrimientos de la guerra civil, sino que acrecienta lo intrínseco de su avatar, perdurable mensaje a través.

¿Es acaso un designio expiatorio, una comunión con las revelaciones de lo distintivo, colectivo, de la palpable grandeza de «los de abajo», el elevado ánimo que

funde María Teresa León con las vetas iluminadas de la palabra artística, en función de fervor y servicio? ¿Busca al hombre plural, transmisor de las redenciones? Ella ha visto por dentro el vacío y la inanidad de la favorecida clase social en que nació y que amenazaba desnaturalizarla. Y centra, desde Alberti, ese mundo susceptible de configurar la esperanza, el albergue de nuevos valores reales. (Como le ocurriría en otra esfera, sin literarias raíces ni ramificaciones, a Constanza de la Mora, adherida al Jefe de la Aviación republicana, Ignacio Hidalgo de Cisneros: *Doble esplendor*, sus meritorias páginas testimoniales).

En María Teresa León —secundarios son el género y la vertiente: relatos y crónicas, el aliento poético, la versión teatral o cinematográfica—, la melancolía, atmósfera de su memoria, resulta de la vida que cobró intensidad por su dedicación plena a una «causa», a la casualidad rigurosa que constituyó materia histórica y temática, para siempre. Prescindid de ciertos énfasis apelativos, precederos y quedan, en nuestras letras, un collar de interiores, las veraces estampas, benévolas e indulgentes por lo común, en ella veraces, de colegas y camaradas, de simples seres hallados en el camino de los contrastes. Algunas figuras adquieren en este tramo agostado de nuestro tiempo un halo de pátina, un enmarque fantasmal.

«La ira se me quita —comienza—, como si de pronto la lluvia me lavase los recuerdos». La imprecación, más adelante, se acrisola por conjuro metafórico, que también resalta del lenguaje usual, así ensalzada «a los que sufrieron tantas enfermedades de abandono». Noción y guía, que por diversos senderos conduce (la filiación política es, en la mejor acepción del vocablo, un fenómeno asumido, abolido lo bautismal), a manifestar, quebrada la voz: «No sé quién solía decir en mi casa: hay que tener recuerdos. Vivir no es tan importante como recordar».

No se trata de una contraposición, sino de las relaciones más válidas. Porque incluso de aquella tipología, intelectuales adscritos al «Partido» o «compañeros de viaje», imantados por la Unión Soviética, que dibujó María Teresa León, no retenemos las anécdotas de los encuentros, se nos infunden, sí, los trazos de una óptica emocionada.

Absolutamente autenticados, por cálidos y cercanos, los brotes caracterizadores gracias a los cuales el existir juvenil y maduro aspira, de modo instintivo, a reemplazar su infancia artificial, basada en postizas ataduras, por una lúcida y transida generosidad que ensarta, rosario al fin, reiteradas abnegaciones.

¿Por qué, además de su atinada e inflamada prosa, de la singular aventura que entraña su periplo, el libro de María Casares, anímicamente bilingüe o trilingüe, por nacencia, se nos adviene con una mágica familiaridad? ¿A consecuencia de su digna franqueza, merced a la intersección que componen sus desventuras y éxitos? ¿Acaso merced al tejido voluntarioso y nostálgico de la mujer de gran prestancia, de la actriz moldeada y cumplida, que nos abre sin descaro, sin ostentación ni impudor, su castillo del alma, que hubiera encontrado simbólica traslación de fisuras y andaduras imaginativas en la impar pintora surrealista, exiliada, Remedios Varo?

A pesar de que únicamente emplea una reveladora parquedad narrativa, en su cruce de niñez y juventud, en el dualismo La Coruña (allí oleajes de Galicia, emanación de sus «meigas»), y Madrid —capital política—, donde su padre, de salud